



NI nuestro desconocimiento técnico, ni nuestras irremediables deficiencias en esa cultura auditiva que hasta el filarmónico de vieja cepa tarda largos años en conquistar, pueden permitirnos la más mínima autoridad en el comentario de materias musicales. Valgan, pues éstas, como un modesto tributo anecdótico y cordial ofrecido a un formidable artista por un profano, vagamente diletante, que impulsado por simple curiosidad entró en el Teatro Municipal de Caracas, para oír por primera vez en su vida un concierto de arpa y quedó inesperadamente maravillado. Fenómeno similar tuvo el público caraqueño, ya que conocedor de lo bueno que iba a escuchar se apresuró a agotar las localidades con una semana de anticipación.

Confesaremos paladinamente haber sentido contra el arpa una prevención de orden plástico. Aquellas curvas del tramo superior, que parecen haber sido ideadas por el "modern style" de 1900. Considerá-bamos como su ornamento adecuado las hojarasca doradas y hasta las cabecitas esculpidas y eróticas que figuran en ciertas orquestas. Hubiéramos jurado que el arpa se inventó preferentemente para figurar en algunas historietas irreverentes donde se trata de liras celestiales. O para descansar en las manos de esas damas pálidas, de largo pelo suelto y flotante túnica blanca que suelen vagar por los prados floridos de aquellas fotografías de la Inglaterra victoriana.

Pues bien no. El arpa de Zabaleta posee toda la elegancia y sobriedad de líneas permitidas por la morfología funcional del instrumento. Cuando el concertista enfundado en su frac impecable, sentado ante el público en un escorzo de tres cuartos, con el rostro en la penumbra y un chorro de luz incendiando el vertiginoso cosquilleo de las manos sobre las cuerdas, abraza el voluminoso armazón, se obtiene un conjunto plástico verdaderamente admirable, capaz de incitar felizmente el juego de algún moderno pincel prestigioso.



Zabaleta posee el don difícilísimo de seducir a un tiempo a las masas y a las selecciones, al basto y al refinado, al sencillo y al erudito.

La Magia de
ZABALETA
por Alberto Yum Yent

anticipación.

Confesaremos paladinamente haber sentido contra el arpa una prevención de orden plástico. Aquellas curvas del tramo superior, que parecen haber sido ideadas por el "modern style" de 1900. Considerá- bamos como su ornamento adecuado las hojarasca doradas y hasta las cabecitas esculpidas y eróticas que figuran en ciertas orquestas. Hubiéramos jurado que el arpa se inventó preferentemente para figurar en algunas historietas irreverentes donde se trata de liras celestiales. O para descansar en las manos de esas damas pálidas, de largo pelo suelto y flotante túnica blanca que suelen vagar por los prados floridos de aquellas fotografías de la Inglaterra victoriana.

Pues bien no. El arpa de Zabaleta posee toda la elegancia y sobriedad de líneas permitidas por la morfología funcional del instrumento. Cuando el concertista enfundado en su frac impecable, sentado ante el público en un escorzo de tres cuartos, con el rostro en la penumbra y un chorro de luz incendiando el vertiginoso cosquilleo de las manos sobre las cuerdas, abraza el voluminoso armazón, se obtiene un conjunto plástico verdaderamente admirable, capaz de incitar felizmente el juego de algún moderno pincel prestigioso.

Concudimos con Zabaleta, que es un gustador y conocedor de la buena pintura, en la sala de exposición de las "Galerías Greco". Hay allí dos magníficas pinturas, una correspondiente a las mocedades del gran Goya, otra debida al primoroso pincel de Roslin, interpretando exactamente el mismo tema: una dama tocando el arpa. Como dato curioso el gran arpista nos indica que en ambas imágenes, la actitud y posición de las manos es, técnicamente perfecta. Ante estos lienzos, Zabaleta nos indica también las características del instru-

mento en el siglo XVIII y una parte del XIX. Las variaciones de intensidad se obtenían entonces con aplicaciones manuales sobre la caja de resonancia, restando agilidad al mecanismo de la pulsación. Hoy, ésta y otras limitaciones han sido superadas gracias al complejo juego de pedales inferiores.

Alguien nos contó que el arpa del famoso solista fué construida expresamente, bajo su minuciosa dirección personal, por una conocida firma instrumentista parisiense. La Casa Erard de rancio y alto abolengo en el arte de la "lutherie". El arpa del vasco es pues única en el mundo. Pero hay también otra cosa única en el mundo: sus manos.

Sus manos accionan, revolotean, vibran, con una agilidad, una seguridad y una soltura maravillosa, casi inconcebibles. Pero eso por sí solo, sería bien poco. El pecado del virtuoso a secas; no mucho más interesante que la habilidad del gran "jongleur" del circo. Pero cuando aquella sutil y sabia mecánica le da el brazo a una aguda sensibilidad innata y exquisitamente cultivada, entonces el aire se sutura de esta magia divina que arroba, subyuga y embriaga como un vino del Olimpo.

Siempre sentimos una debilidad por el atractivo de lo anecdótico, pintoresco. A condición de que no puedan ir con él ligados. En un intermedio del concierto que aludimos conociendo el cariño profundo de los artistas por sus respectivos instrumentos, nos parecía curioso imaginar los inconvenientes de orden material experimentado por el que se ve obligado a viajar en compañía de un arpa. Gestiones y cuidados especiales, dificultades de alojamiento, unos terribles sufrimientos por parte del dueño cuando por ejemplo, el triángulo sonoro, enfundado en su monumental estuche, se somete a la brutal violencia de rigor en los trasatlánticos al proceder a la carga y descarga de equipajes. Pero un agu-

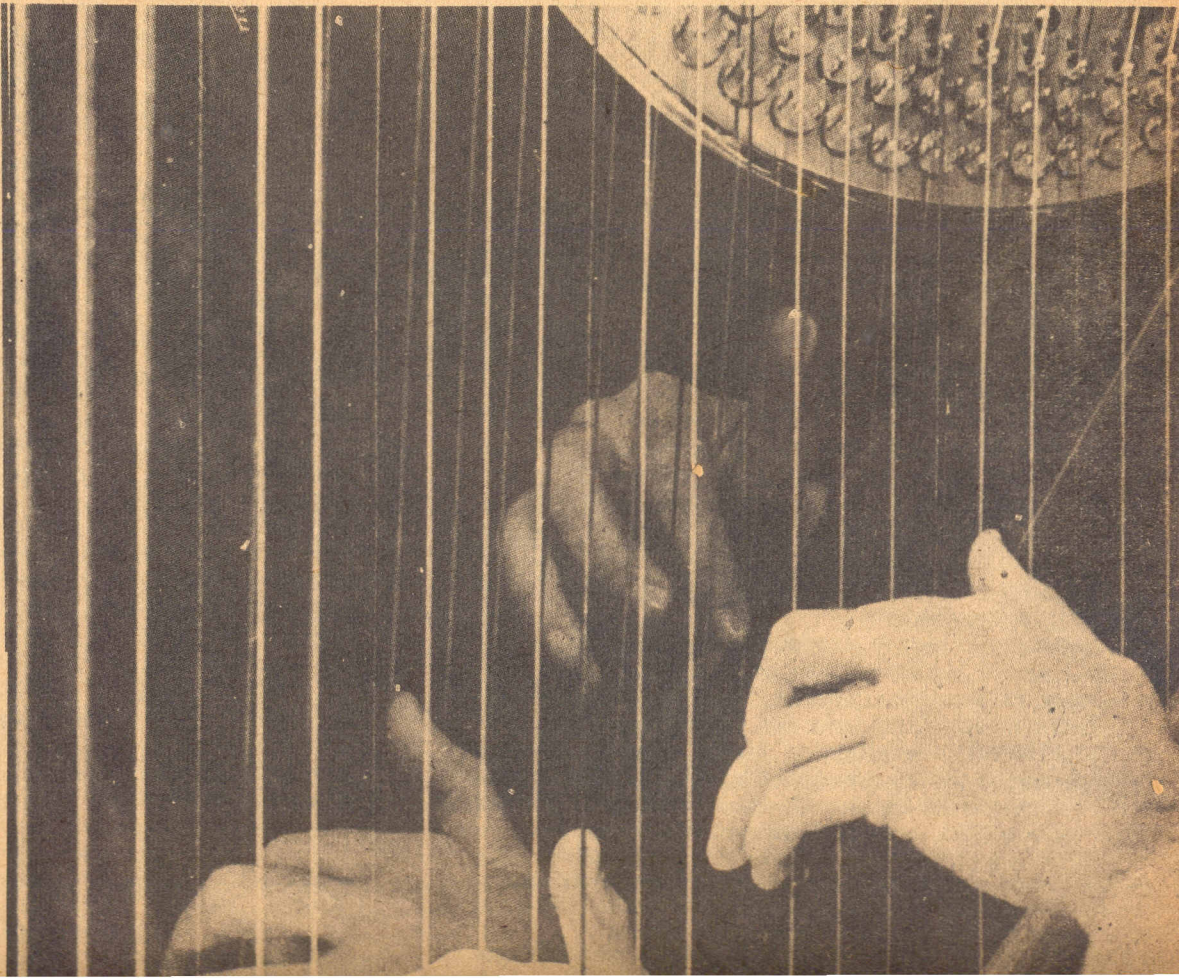
Allá por el año 1931, tuvimos ocasión de ser invitados a una memorable sesión de música de cámara en la señorial residencia que el conocido melómano Claude de Wauphyggel posee en las inmediaciones de Senlis. Tras unos breves motivos de Rameau y de Bach ofrecidos como "Hors D'Oeuvre", Wanda Landowska, atacó desenfadadamente el plato fuerte del programa: unas composiciones de Scarlatti, que en aquel entonces acababan de ser descubiertas por un erudito musicólogo francés. Dentro de aquel marco de distinción artística y social, en un ambiente perfumado por todos los aromas de la primavera de Picardía y acertando un felicísimo momento en que la Landowska casi consiguió superarse a sí misma, la velada obtu-

vo un éxito fascinador. Su recuerdo nos quedó para siempre grabado en la memoria. Años después hemos experimentado varias veces emociones auditivas de igual orden, de igual volumen. Pero no de la misma calidad. Hasta que oímos el arpa de Zabaleta develando el secreto hechizo de Bach y Scarlatti con igual maestría, sensibilidad y pureza acústica que las logradas aquella noche de Senlis por el clavecín de la célebre polaca.

Hay un don de los dioses, ambicionado por todo artista, que ni tan sólo los genios pudieron alcanzar. Es el don difícilísimo de seducir a un tiempo a las masas y a las selecciones, al basto y al refinado, al sencillo y al erudito. El arpa de Zaba-

leta triunfó hasta en esta fabulosa ambición. Como la comediografía de Pagnol. Como el gesto y la voz de Chaliapin. Como el cello de Casals. Como ese bombín, ese junco y esos zapatos legendarios del inmortal Chaplín que, mucho antes de verse reverentemente acogidos en los cenáculos intelectuales, habían sido descubiertos entusiastamente por el público de los cinemas de a diez centavos.

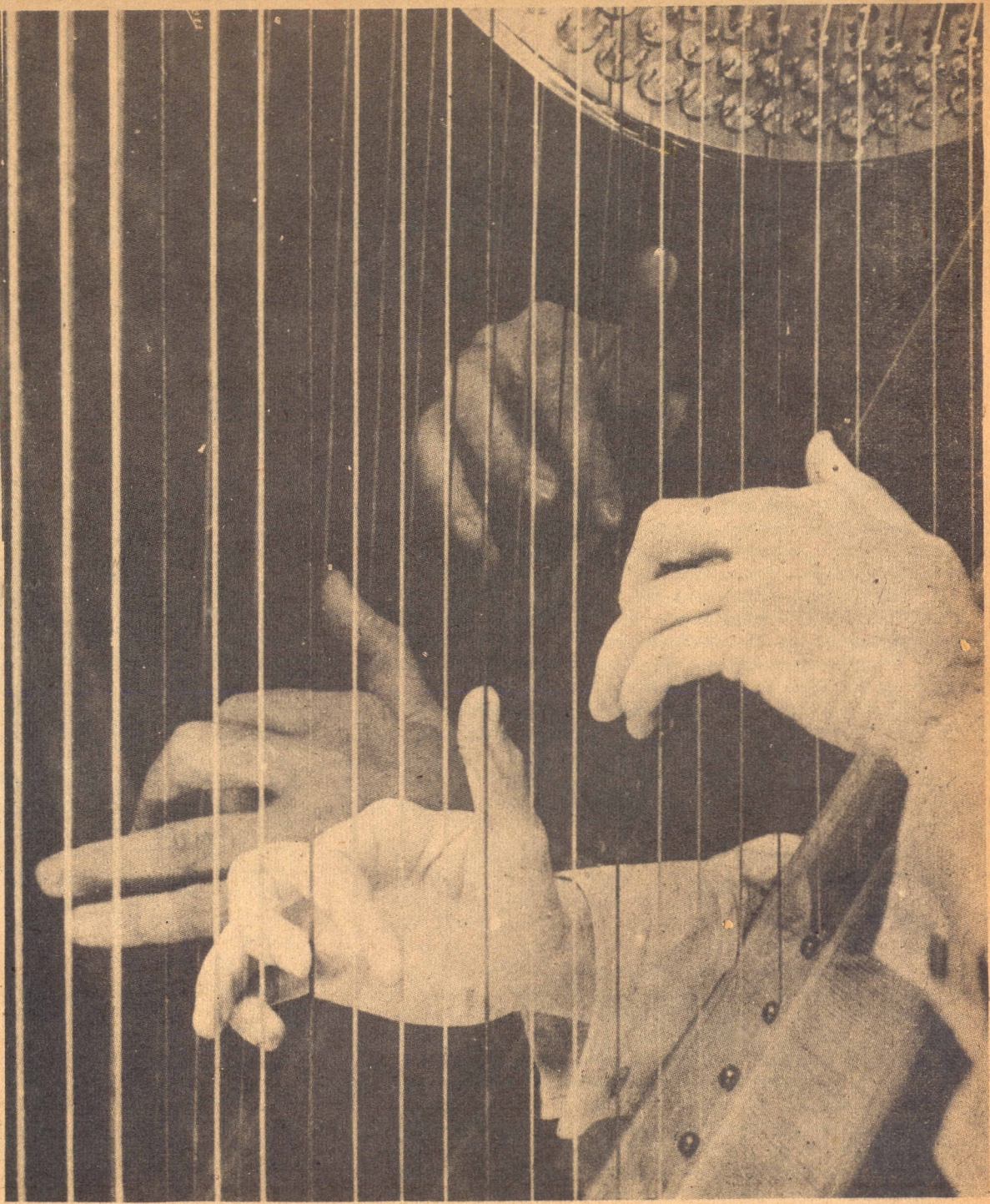
Un día André Maurois clasificó a los literatos con una afortunada división: los mágicos y los lógicos. La misma nomenclatura sería válida para clasificar a toda clase de artistas. Y entonces Zabaleta figuraría por derecho propio, como un prócer del fascinante mundo de los mágicos.



Sus manos accionan, revolotean, vibran, con una agilidad, una seguridad y una soltura maravillosa, casi inconcebibles. Pero eso por sí solo, sería bien poco. El pecado del virtuoso a secas; no mucho más interesante que la habilidad del gran "jongleur" del circo. Pero cuando aquella sutil y sabia mecánica le da el brazo a una aguda sensibilidad inhata y exquisitamente cultivada, entonces el aire se sutura de esta magia divina que arroba, subyuga y embriaga como un vino del Olimpo.

◆

Siempre sentimos una debilidad por el atractivo de lo anecdótico, pintoresco. A condición de que no puedan ir con él ligados. En un intermedio del concierto que aludimos conociendo el cariño profundo de los artistas por sus respectivos instrumentos, nos parecía curioso imaginar los inconvenientes de orden material experimentado por el que se ve obligado a viajar en compañía de un arpa. Gestiones y cuidados especiales, dificultades de alojamiento, unos terribles sufrimientos por parte del dueño cuando por ejemplo, el triángulo sonoro, enfundado en su monumental estuche, se somete a la brutal violencia de rigor en los trasatlánticos al proceder a la carga y descarga de equipajes. Pero un agudo y jovial musicólogo chileno, el inteligente y perspicaz Eduardo Lira Espejo, nos disipa esta congoja imaginativa. "Cuando Zabaleta viaja por mar, aclara Lira Espejo, adquiere un pasaje especial para su arpa que generalmente vale tres o cinco veces más que el propio, como si se tratara de un personaje vivo. Durante la travesía la cuida, la repasa, la airea a horas fijas, combate los estragos de la humedad en sus sensibles materiales; la mimó y la atiende como se atendería la salud de una niña delicada y preciosa".... Y esa dulce solicitud casi maternal nos permite materializar una conmovedora imagen de la humana ternura.



Las manos de Zabaleta accionan, revolotean, vibran, con una agilidad, una seguridad y una soltura maravillosa, casi inconcebibles.